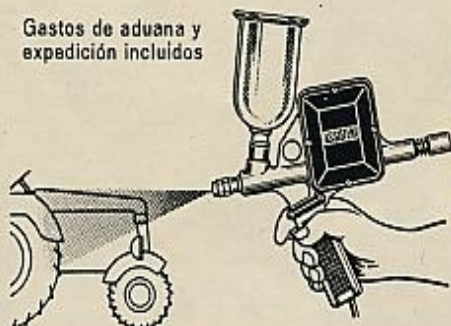


DIRECTAMENTE DEL FABRICANTE
LA PISTOLA ELECTRICA PARA PINTURA AL DUCO
 TIPO "ASSISTENT"[®]
 PRECIO TOTAL 1.395. PTAS. SOLAMENTE A EFECTOS
 DE SU DIVULGACION EN ESPAÑA

Gastos de aduana y
 expedición incluidos



Indispensable para toda clase de trabajos en su hogar o en el taller, así como para la conservación de las máquinas. No hay necesidad de utilizar compresor. Basta conectar el aparato a la red de corriente eléctrica.

Trabajo limpio y sin molestias, basta llenar el depósito de la pistola con barniz. Indispensable para pintar madera y metales, revoque de los muros y murallas, así como techos. Para los aceites de toda clase, productos anticorrosivos, productos antiparásitos y para todos los demás fluidos, etc. Juego completo; incluido pulverizador, tobera, depósito metálico, cable, toma de corriente, así como receptáculo de materia plástica. Instrucciones de uso en español. El plazo de entrega, si sus pedidos son inmediatos, será mínimo, por ser directamente de almacén. Dirijan sus demandas solamente a nuestra fábrica.

Expedición inmediata. El precio es de solamente Ptas. 1.395 todo incluido, contra reembolso.

Indique el voltaje deseado. Seis meses de garantía. Le rogamos que al formular su pedido, lo redacte con letra clara.

PAUL KRAMPEN & CO. HERRAMIENTAS Y MAQUINAS
 5672 Leichlingen, Forst 266 (Alemania)

palabra en el tiempo

Editorial Lumen

«Los pasillos del poder: Un certero análisis de la alta política inglesa en la novela más reciente del gran científico y escritor C. P. Snow.

LOS PASILLOS
 DEL PODER
 C. P. SNOW



palabra
 en el tiempo

La prodigiosa riqueza y variedad del teatro del absurdo a través del estudio crítico de sus figuras más representativas: Ionesco, Beckett, Dürrenmatt, Genet, Frisch, Pinter, Osborne, Albee, etcétera.

Teatro de
 protesta y paradoja

George E. Wellwarth



palabra
 en el tiempo

MUCHOS se preguntan hoy esto. Porque Iglesia llamamos a muchas cosas: lo mismo al templo, que a la jerarquía, que a las instituciones humanas que surgen y desaparecen con el correr de los siglos (como hemos visto nacer la Curia romana, el Cardenalato, o los tribunales eclesiásticos; y morir el Índice de Libros Prohibidos, la Inquisición y el feudalismo episcopal).

Pero la Iglesia no es fundamentalmente ninguna de esas cosas. Porque no se comprende que existan obispos sin haber antes fieles que crean; ni estructuras eclesiásticas sin el amor, que debe ser su única justificación.

Olvidamos, por falta de perspectiva, que «la Iglesia es todo el Pueblo de Dios; y la jerarquía no se pone frente al resto de los fieles, o peor, en oposición a ellos» (P. Tucci, S. J.). La Iglesia, olvidamos a veces, que, al ser un pueblo, es más importante por su realidad de fondo que por su estructura exterior jerárquica. De tal modo que, ese prudente jesuita que cito, no tiene inconveniente en recordarnos algo que conviene repetir constantemente, que «la igual dignidad... hace que en la Iglesia no existan superiores e inferiores. Ciertamente hay una autoridad en la Iglesia..., pero es una autoridad instituida en beneficio de los que son hermanos».

Pío XII había subrayado —hablando un día a los cardenales— que a la estructura eclesiástica también se aplica el principio de subsidiariedad, base de funcionamiento de toda sociedad bien constituida. Y, según él, habría que dejar a los fieles todo lo que ellos pudieran realizar, sin sustituirse el clero continuamente a ellos; y al clero todo lo que pudiese llevar él a cabo, antes de que interviniera constantemente la jerarquía.

NO creamos, sin embargo, que este pueblo es un pueblo de escogidos, cerrado como el de Israel, porque «la realidad del pueblo de Dios es más amplia que la de la Iglesia visible», dice el teólogo I. Riudor, S. J.; y «la Humanidad luchando por superarse, por perfeccionarse, por unirse más, peregrina hacia Dios, incluso cuando desconoce su existencia...; y se sitúa ya en algún grado en... la Iglesia de Cristo»; esa Iglesia, en sentido amplio, que supera los estrechos límites de la comunidad que vemos. De ahí que «las teorías modernas que consideran a toda la Humanidad como Pueblo de Dios en un sentido amplio, por la unidad de creación y redención, tienen perfecta cabida en el texto del Concilio».

La modestia y la ausencia de toda arrogancia han de ser cualidades imprescindibles a la Iglesia, y, por eso, todo hombre de buena voluntad debía sentirse acogido por ella. La Iglesia no es sólo un redil de ovejas pasivas, y encerradas en sí mismas, con orgullo de grupo, sino que debe ser un campo abierto a todo hombre sincero.

No puede extrañarnos entonces que Pablo VI al preguntarse, «¿para qué la Iglesia?», en su discurso del 13 de julio de este año, conteste: «La misión de la Iglesia es educar al hombre, educar en el sentido etimológico y socrático de la palabra; es decir, extraer, hacer eficiente, llevar a la perfección. La Iglesia sabe que el hombre es un ser inacabado..., pero tiene una inmensa estima, confianza y amor por el hombre».

Por eso las estructuras fundamentales de la Iglesia —muy distintas de las puramente jurídicas— son: el diálogo, la conversión al progreso y la reforma perpetua. Sin ellas no hay verdadera educación del hombre, sino disciplina inhumana o lavado de cerebro.

Hoy ya no se puede comprender cómo, hace sólo cinco años, algunos eclesiásticos de Roma manifestasen tal desprecio como tuvieron por los hombres que constituyen la Iglesia misma. No se entiende cómo se pudo llegar a la ceguera de prohibir —por ejemplo— la difusión en Italia de la carta pastoral que escribieron los obispos holandeses y que es la que más se parece a lo que solemnemente ha decidido después el Concilio: estos procedimientos de algunos dirigentes de tan corta visión nos chocan ya. O que se prohibiera la traducción del padre Congar, O. P., del que públicamente confesó Pablo VI que era uno de los teólogos que más había influido en él; o que se retirasen de los escaparates las publicaciones del que luego ha sido perito conciliar, Hans Küng. O la prohibición del libro del P. Lombardi sobre la reforma de la Curia romana, siendo así que se quedó corto respecto a lo que más tarde exigió Pablo VI. En realidad se iba, al hacer esto, contra la idea tan subrayada por el Papa actual de que la Iglesia es diálogo.

Un seglar católico, bien conocido en Italia, Mario Rossi, ha podido decir que «es cosa del Espíritu haber abandonado el culto tan profano que se daba a la jerarquía». Esa reverencia mística al que manda, muerte de todo diálogo, es la que se abandona por fin en la Iglesia. No es chocante, ya que, para evitar los excesos de este mando, se pida, por tanto, en el Concilio: «El asegurar a los laicos una protección canónica contra los posibles abusos de la autoridad eclesiástica». Porque «se trata de despojarse de viejas mentalidades, de abrirse de nuevo al diálogo sincero con el otro, en el que se da y se recibe; de renunciar a esquemas cómodos... Convenciéndonos de que todos tenemos necesidad de aprender unos de otros» (padre Tucci, S. J.).

ADEMÁS, hay que preguntarse valientemente —como otro teólogo conciliar, el P. Gregory Baum, O. S. A.— que si «monseñor de Smedt en sus intervenciones —sobre la libertad religiosa— en el Vaticano II puso de relieve el desarrollo lógico que conduce desde la postura de los Papas en el siglo pasado, a la postura actual, como toma

¿PARA QUE SIRVE LA IGLESIA?

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

de conciencia de la evolución de la sociedad moderna; sin embargo, ¿es esto suficiente para comprender todo lo que realmente ha ocurrido en el seno de la Iglesia?».

Y contesta este pensador católico: «Creo que hemos de admitir un auténtico cambio de actitud en el terreno teológico».

¿Qué es, entonces, lo que ha sucedido? «Ha ocurrido algo mucho más profundo, algo parecido a una conversión: un aproximarse con corazón más cristiano hacia nuestros hermanos... y el reconocimiento de que debemos abandonar una posición de otros tiempos y dar lugar a que el espíritu evangélico cree en nosotros una nueva mentalidad».

Cuando leamos, por lo tanto, los documentos eclesiásticos de otras épocas, los leeremos desde ahora con esta mirada comprensiva al compararlos con los actuales o con los por venir, esperando, o incluso afirmando, confiadamente la evolución que tiene que producirse ante el progreso humano. Si se trata de la salvación fuera del recinto visible de la Iglesia católica, o de la libertad religiosa, no podemos negar la infalibilidad de la Iglesia alguna vez; pero «podemos hablar, sin embargo, con toda verdad de la falibilidad de la Iglesia en ciertos casos y afirmar, llenos de confianza, que la... acción de Dios, siempre presente en su seno, le concederá un conocimiento cada vez más profundo de la verdad revelada y de sus consecuencias para la vida humana» (P. Gregory Baum, O. S. A.).

Que hoy acepte la Iglesia doctrinalmente la verdad de la libertad religiosa, o de la salvación fuera de sus cuadros jurídicos, o los progresos en la investigación teológica o bíblica, «no significa simplemente que se haya hecho explícito lo que estaba oculto, sino —algo mucho más humano— un cambio de postura, una corrección de actitudes pasadas y el descubrimiento de nuevas perspectivas» (idem).

En una palabra: la renovación doctrinal real que se produce en muchas ideas de la Iglesia a través del tiempo hay que afirmarla, y acaece por vía de una conversión humilde, reconociendo, aunque a veces sea a regañadientes y con lamentables retrocesos, nuestros errores de católicos.

Esta fue la postura adoptada siempre por el avanzado y ejemplar obispo holandés Bekkers, que acaba de fallecer, y del que erróneamente —y con gran escándalo de sus familiares y amigos— el nuncio de Bélgica había afirmado —sin fundamento alguno y como constantemente hacen los más conservadores— su arrepentimiento en la hora de la muerte de sus ideas avanzadas. ¿Cómo se puede arrepentir uno de ser dinámico, si la Iglesia debe estar siempre en reforma, como afirma el Concilio? «La Iglesia... en permanente reforma» —dice el Decreto Conciliar de Ecumenismo— es la que su Fundador ha querido. Y esto no es una afirmación protestante —aunque Calvino haya sido su principal defensor—, porque es de la tradición católica de todos los siglos, aunque en ciertas épocas se haya oscurecido desgraciadamente esta idea.

La Iglesia está «necesitada de purificación constante, y busca sin cesar... la renovación», repite la Constitución Conciliar sobre la Iglesia.

TENEMOS, además, los cristianos que llegar a ver a nuestra Iglesia sin exclusivismos. Porque, por poner un ejemplo, «en el Decreto sobre el Ecumenismo no se habla de retorno de los hermanos separados a la Iglesia católica, sino de... restaurar la unidad entre todos... Retorno implica de parte de la Iglesia una espera inmóvil, y sólo se pide renuncia de los hombres separados... Al contrario, reintegrar la unidad... es no sólo que los hermanos separados se muevan hacia la Iglesia católica, sino que ésta lo haga hacia los hermanos separados» (P. Tucci, S. J.).

Iglesia, por otro lado, que no puede ser tan espiritual que se desencarne, y nunca quiera hablar nada más que del siglo futuro. Un monje católico —el norteamericano Tomás Merton— es significativo que sea precisamente el que haya escrito el libro *La Revolución Negra*, con el que pretende presentar al cristianismo como una superación de la interioridad excesiva de los espirituales de otras religiones, como el budismo y el brahmanismo. Nosotros precisamente luchamos como católicos contra la discriminación racial, contra la injusticia de la sociedad occidental, o contra la guerra del Vietnam, porque lo espiritual siempre está encarnado para nosotros en un cuerpo que merece todo nuestro respeto: y ese es el único timbre de gloria del auténtico catolicismo, desgraciadamente falseado por muchos católicos ayer y hoy, y lo mismo por dirigidos que por dirigentes.

Cuando vemos que a los movimientos de Acción Católica tristemente se nos acusa de **temporalismo**, creyendo nosotros defender la justicia, es porque, interpretando mal nuestra actitud (que somos los primeros en reconocer que siempre es perfectible), no se atiende serenamente a lo que es la verdadera misión de la Iglesia, que nunca puede estar ajena a la justicia humana, nos equivoquemos o no. Pero lo curioso, y verdaderamente paradójico, es que no fuese considerado hacer temporalismo, por significados prelatos italianos del tiempo del fascismo, la labor persuasiva que hicieron entre los católicos —como cuenta Mario Rossi, que instigó a ello el cardenal Pizzardo— para hacerse fascistas, pretendiendo evitar así —según dicen— la oposición que los seguidores de Mussolini hacían a la Acción Católica italiana.

EN la Iglesia hay que educar —y esa es su principal tarea—; pero es preciso superar el «infantilismo educativo» en que se nos mantiene, como dice monseñor Matteucci.

Lo cual se conseguiría teniendo siempre en cuenta la imagen que Oriente tuvo de la Iglesia cristiana, y que un arzobispo católico —monseñor Edelby, auxiliar del patriarca Máximos IV— describió con duras frases durante el Concilio: «La Iglesia Occidental —decía— es todavía demasiado clerical en sus concepciones y en su comportamiento. Parte de un punto de vista opuesto al nuestro: que Cristo estableció a Pedro como jefe supremo a modo de emperador romano con sotana, y después le dio colaboradores, y por fin sujetos pasivos, que eran clérigos o fieles. Para nosotros, los orientales, es lo contrario: Cristo primero reunió a los fieles, que tienen el derecho a predicar el Evangelio, después a los Apóstoles, y por fin —para que todo fuese coherente— puso una cabeza».

Nada de pirámides clericales absolutistas, ni de totalitarismos dictatoriales: sino respeto máximo a las personas, en su fe y convicciones, dándole a cada una su puesto activo, de modo que —contra lo que es usual— siempre se dé la preeminencia al amor, y no al cargo o a la ley.

De esta manera superaremos esa Iglesia «preocupada principalmente por defenderse» (P. Tucci, S. J.); porque estará «valientemente abierta al diálogo, confiada no en la propia fuerza, sino en la fuerza de la Palabra de Dios, que continuamente escucha, antes de ser maestra». Y esto lo hará «rehusando asumir tareas temporales que están en contraste con su misión espiritual, y que puedan hacerla parecer comprometida con las potencias del dinero o de la política».

PARA nada queremos ese cómodo y aburguesado inmovilismo del que pasivamente acepta todos los documentos eclesiásticos sin discernimiento, y todo lo que en ellos se dice, sin dar, además, nunca un paso adelante. No recordamos bastante —como dice el P. Murray— que «sería un error desastroso suponer que nuestra máxima tarea, en el momento actual, es simplemente hacer comentarios de los textos conciliares...; quedarse en esto sería... un retorno al pasado». Hay que pensar que «el Concilio no aspiró a centrar la Iglesia sobre sí misma... sino a realizar una valerosa confrontación con el momento actual de la historia».

No queremos ya dirigentes seglares encerrados en su pequeña organización, autocomplaciéndose en su propia bondad con narcisismo morboso o gozándose enfermizamente en su número y calidad; ni obispos preocupados ansiosamente de no cambiar absolutamente nada, disfrutando con nostalgia evasivista del triunfalismo religioso de otros tiempos, ni que sólo escuchen anécdotas contra los más avanzados: porque los queremos viviendo como todos los hombres, con las manos en la masa para conocerlo todo mejor y no sólo de oídas. Ni queremos tampoco Curias romanas absorbentes, o estructuras eclesiásticas, de cualquier clase que sean, viviendo un legalismo cicatero, pero aplicando, en cambio, la prosaica ley del embudo a ellos mismos. Ni colegios cardenalicios racistas, donde ha parecido que existiese privilegio para algunos países o regiones, y no igualdad universalista entre Oriente y Occidente, entre Europa y los demás continentes.

Que sea de una vez nuestra Iglesia una Iglesia que «se ha decidido... a salir fuera de sus muros para encontrarse con el mundo y dialogar con los otros».

Esa es la Iglesia que queremos, y, en el fondo, la que añoran legítimamente los hombres de hoy.

Entonces —cuando esto se haga siempre— se verá prácticamente para qué sirve la Iglesia, y no tendremos que hacer esfuerzos para hacérselo comprender a la gente.